

¡Muralla, madre de hielo y piedra es la montaña; el mar es la libertad! Novia del agua, promesa del horizonte que saca de la nada, como un prestidigitador prodigioso, islas y puertos de aventura. Los habitantes de Chile son marinos. El mar ha dado a su habla el ritmo lento del oleaje, a su puño el vigor oceánico y a su mirada el alcance y la profundidad de los vastos horizontes. El mar está diciendo siempre: ¡más allá! Golpea con su hombro azul, sin descanso, la puerta gris del horizonte, como queriéndola echar abajo para ver lo que hay detrás. El mar pregunta y el cielo responde y los dos llegan a un acuerdo azul e infinito. El mar es una invitación a la metafísica». Tal es el lenguaje de Carrera Andrade en sus «Rostros y Climas»: el lenguaje inevitable e imperativo del poeta que «va por todos los rincones de la selva terrenal en busca de las cosas» y que cumple, sin esquivez ni desfallecimientos la consigna que él mismo ha fijado al poeta en su «Arte Poética»:

«que el ojo apareje su nave
para un nuevo descubrimiento».

<https://doi.org/10.29393/At309-18OLJM10018>

«OLEAJE» de DORA ISELLA RUSSELL, por *Juan Marín*

Hay una madurez filosófica tremenda, impresionante, casi diríamos aterradora en la poesía de esta hermosa muchacha que, desde las playas soleadas de Montevideo, nos envía su suave «Oleaje» a través de dos océanos y dos continentes. ¿De dónde extrajo Dora Isella ese acento de serenidad y hondura con que escribían los poetas taoístas de China hace 2,500

años y que cautiva en las estrofas inmortales de los «Upanishads»? ¿De dónde esa sobriedad y calma como de océano después de la tormenta? Gabriela Mistral sin su pasión, Delmira y Juana sin sus pasiones: eso es la poesía de Dora Isella, la que ella canta «con un corazón herido de universo», con una angustia cósmica que, a fuer de ser profunda, ha llegado a quietarse, a cristalizar en una «oscura pasión por el silencio», junto a una estatua, «fría masacradora de jazmines». Si el dolor fué la lanza que abrió el cauce de su inspiración, ese dolor se ha sublimado ya en formas de belleza eternas. Su «Oleaje» no tiene las resonancias convulsivas de la espuma al destrozarse en los acantilados, sino la dulce melodía de las altas mareas bajo el claro de luna. Júzguese por este soneto titulado «Prometeo» y que es uno entre tantos de sus Sonetos perfectos:

«Me enamoré de Prometeo un día—y compartí su
cautiverio eterno—
En paraíso le troqué el infierno—y puse un beso en su
melancolía—
Prometeo en su roca sonreía—ante la rosa que nació
su invierno—
Trascendido de amor volvióse tierno—mi joven cora-
zón sin alegría—
Yo devolvíle el resplandor divino—del sacro fuego, el
asombrado idioma—
que recoge las voces del camino—. Y ahora voy pre-
guntando quién me toma—
en pago del prodigio mi destino—por convertir sus
buitres en paloma».

No se encuentra sobriedad semejante en las antologías de la poesía femenina en América. No se encuentra un tono de renunciación activa tan logrado y perfecto. Dora Isella ha ascendido largo trecho en las alturas de aire enrarecido donde muy pocos alcanzan, donde los planetas pueden mirarse de cerca sin cegarse y donde el manto azul del cielo nos envuelve como túnica y no como mortaja.

New Delhi, noviembre 1950.



«LLAMPO DE SANGRE», de OSCAR CASTRO, por *Gonzalo Drago*

Para los que hemos seguido, paso a paso, desde sus comienzos, la obra literaria del poeta y escritor Oscar Castro, la aparición de «Llampe de sangre», una de sus novelas póstumas, no ha sido una sorpresa, sino la confirmación de que el escritor rancagüino no era solamente un poeta de indiscutibles méritos, sino que también un novelista de garra que sabía penetrar en el alma individual y colectiva de los hombres, para arrancarles sus más íntimos secretos.

Es interesante observar que Oscar Castro sólo ha venido a ser conocido por el público como novelista después de su muerte, ocurrida en noviembre de 1948, privando a las letras nacionales de uno de sus más auténticos cultivadores. La razón, naturalmente, es muy sencilla, y nuestros lectores deben conocerla antes de que la consignemos: la falta de interés de las editoriales nacionales para publicar las obras de escritores chilenos. «Llampe de sangre» estuvo varios años en poder de una de nuestras más importantes Editoria-